

PERSONAJES.

DON FERMIN DE PERALTA, vecino de una villa de Navarra y padre de
DOÑA TOMASA y de
DON CARLOS, amigo de
DON SEVERO DE MENDOZA, caballero vizcaíno, aunque con su familia establecida en Castilla, y tratado de casar con Doña Tomasa.
DON PEDRO ARISMENDI, alcalde mayor del pueblo y amigo de D. Fermín.
COLASA, criada de Doña Tomasa.
GASPAR, criado de D. Severo.

La escena se figura en una villa pequeña de Navarra.

El teatro representa una sala de la casa de D. Fermín, adornada con decencia, pero con muebles algo antiguos. Estará blanqueada solamente, con alguno que otro cuadro, etc., y ésta tendrá dos puertas, una que conduce á la entrada de la casa, y será la del foro, y otra que conduce á las habitaciones de la familia.

La acción principia á las seis de la tarde, y da fin á las doce del día siguiente.



ACTO PRIMERO.

ESCENA I.

D. FERMIN Y D. CARLOS.

D. FERMIN.

¿Conque hoy llega?

D. CARLOS.

Sí, señor,
hoy mismo, ó miente la carta
que acabo de recibir
de D. Jaime.

D. FERMIN.

Su tardanza
me empezaba á dar cuidado.

D. CARLOS.

Pues á fé que no me daba
á mí ninguno.

D. FERMIN.

¿Y por qué?

D. CARLOS.

Porque fuera una bobada.
En un camino, señor,
la menor cosa embaraza,
y detiene y descompone.
Además no encuentro tanta
la diferencia. El nos dijo
que llegaría sin falta
el lunes y llega el martes.

D. FERMIN.

Ya se ve. Con la cachaza
que gastan los mozalvetes
ahora, nada importa, nada.
Lunes dijo, y llega martes;
lo mismo es.

D. CARLOS.

La cuenta es clara.
De todos modos, un día
más ó menos....

D. FERMIN.

Hombre calla
con Barrabás, y no digas
disparates. Que el que viaja
por interés ó capricho
se engañe en su cuenta, vaya
con mil diablos; pero un novio
á quien espera la blanca

mano de una doncellita,
por fin y postre, ¿no es gaita
que se venga equivocando
á la primera jornada?

D. CARLOS.

A veces....

D. FERMIN.

Nunca hay disculpa.
Ahora y siempre quien se casa
debe conocer al menos
el almanaque.

D. CARLOS.

Tomasa
no juzgará ciertamente
á su novio con tan rara
severidad.

D. FERMIN.

Que lo juzgue
como quiera. Todo cambia,
y en todo hay moda. Por eso
no extrañaré que á tu hermana
le parezca una lindeza,
lo que en mis tiempos bastaba
para aguar más de mil bodas.

D. CARLOS.

Ya tenemos en campaña
aquellos benditos tiempos.

D. FERMIN.

No, que no. Si fuera chanza....

Por mucho menos tu tía
Doña Leonor de Peralta
y Quincoces dió á su novio
unas sendas calabazas,
sin mirar que era marqués,
y rico y tonto.

D. CARLOS.

¡Ahí que es nada
lo del ojo! Y diga usted
¿por qué hizo tal mojiganga
la buena Doña Leonor?

D. FERMIN.

Yo lo diré, pues me hallaba
precísamente en la iglesia
cuando el caso. Todo estaba
preparado: el organista
en su puesto, las arañas
encendidas, los chiquillos
á la puerta, y las beatas
muy cerquita de la novia
para ver si se cortaba.
Sólo, en fin, faltaba el cura
para casarlos.

D. CARLOS.

Pues falta
era.

D. FERMIN.

No tanta, que estuvo
la cosa más ápurada

de lo que á tí te parece.
El sacristán era rana,
no niego, y aun el mejor
tabernero de Navarra,
según dijeron entonces:
pero él solo fué la causa
de todo con las mejores
intenciones, las más malas
resultas que puede haber.

D. CARLOS.

La intención siempre le salva.

D. FERMIN.

Sí; pero ¿á quién se le ocurre,
sin esperar á que salga
el cura y por abreviar
y pillar pronto las tarjas,
el decir á novio y novia
que las manos se tomaran?
Ya se ve, el pobre cuitado,
á fuerza de amor, estaba
como están todos los novios,
sin saber lo que les pasa,
ni lo que hacen, y por dar
la mano derecha, alarga
la zurda, y zas, mi marqués
equivoca la estocada.

D. CARLOS.

¡Oiga, y qué lance!

D. FERMIN.

Tu tía
era muy buena. Una santa
casi, casi; pero en punto
á el honor muy delicada.
Así, ó porque tuvo agüero,
ó porque le diese rabia
al ver que todos rieron
del marqués la borricada,
lo cierto es que una congoja
le dió allí mismo, tan larga,
que la tuvimos por muerta.
El doctor, que la enterraran
dispuso va.

D. CARLOS.

¿Y se enterró?

D. FERMIN.

No, porque como esperanzas
nos diera el sepulturero,
quisimos ver si acertaba,
y quiso Dios que acertase.
Pero ¡ay Carlos! ¡qué mudanza!
Luego que tornó á la vida,
dijo que no se casaba,
y no se casó, no hay más,
que no se casó.

D. CARLOS.

Pues basta
y sobra cuanto habéis dicho
para probar que se amaba

de otro modo en vuestros tiempos,
pero padre, está mi hermana
en un caso muy distinto
que su tía. Si el novio tarda,
ignoramos los motivos.
Dejad que llegue y la causa
sabremos.

D. FERMIN.

Lo que te digo
es, que entonces no escapara
tan ahinas.

D. CARLOS.

Señor, entonces
una mula se encojaba
con igual facilidad
que ahora. También en posadas
quedaban trasconejados
gorros, pelucas y batas.
Si una rueda se rompía,
si un zagal se emborrachaba,
como se rompen y aturcan
los presentes; si en España
no se andaba por los aires,
dígole á Ud. . . .

D. FERMIN.

Que me cansas
y me secas y fastidias:
basta ya por Dios. ¿Colasa?

COLASA.

¿Señor? *desde adentro.*

D. CARLOS.

Otras son las cosas
que á mí me asustan.

D. FERMIN.

¿Qué?

D. CARLOS.

Nada.

D. FERMIN.

Vaya, dílo, no me vengas
ahora con medias palabras
á guisa de covachuelo.

D. CARLOS.

Pues señor, no es la tardanza,
que es el genio de mi amigo
el que sólo me acobarda:
su genio su poco mundo,
su austeridad, su...

D. FERMIN.

¿Muchacha? *llamando.*

Esta maldita está sorda.

ESCENA II.

COLASA Y LOS DICHS.

COLASA.

¿Mande Ud?

D. FERMIN.

¿Dónde te hallabas,
diablo, que siempre es preciso
desgañitarse?

COLASA.

¡Caramba!
después que estoy todo el día
hecha un azacán, regaña
usted.

D. FERMIN.

Mujer, no es reñir,
es preguntar dónde estabas
y qué hacías.

COLASA.

Limpiar el cuarto
del huésped, hacer la cama,
y tenerlo todo pronto
para cuando llégue.

D. FERMIN.

Brava
mozuéla. Y dime ¿qué colcha
has puesto?

COLASA.

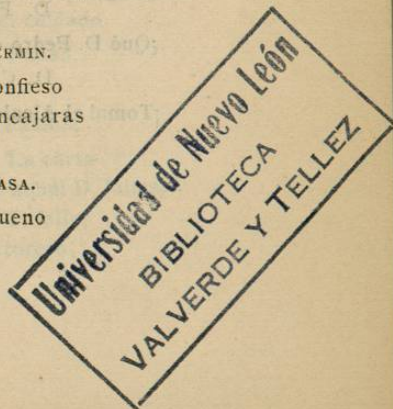
¡Toma! la blanca
de damasco.

D. FERMIN.

Te confieso
que temí no le encajaras
la de filipichi.

COLASA.

Bueno
hubiera sido.



D. FERMIN.

Y la tohalla,
el espejo, la escobilla,
el jarro y la palangana,
¿está todo en su lugar?

COLASA.

Todo está.

D. FERMIN.

Pues ahora, marcha,
y clávate en el balcón,
sin andar en garambainas,
ni muecas con el herrero
de en frente; avisa, Colasa
en sonando campanillas.

COLASA.

Para autorizar las casas
nunca hace falta una mona,
en tanto que haya criadas.

D. CARLOS.

Ya está aquí nuestro D. Pedro.

D. FERMIN.

¿Qué D. Pedro ó calabaza?

D. CARLOS.

¡Toma! el Alcalde mayor,

ESCENA III.

D, PEDRO Y DICHOS, *menos* COLASA.

D. FERMIN.

¡Jesús, qué milagro! vaya,
no esperaba tan temprano
á Ud.

D. PEDRO.

Ud. es la causa,
amigo.

D. FERMIN.

Pues me lo cuelgo
con gusto.

D. PEDRO.

Anoche quedaba
Úd. con tal impaciencia
por su yerno, que....

D. FERMIN.

Mil gracias,
mas ya salí del cuidado.

D. PEDRO.

¡Ola!

D. FERMIN.

Sí señor. La carta
que veis es de aquel D. Jaime,
un hidalgo de Tafalla,
que antes fué torero,....

D. PEDRO.

¿Aquel
que vive en la misma plaza
entre el cura y la botica?

D. FERMIN.

El mismo que viste y calza.

D. PEDRO.

¿Y qué dice el buen hidalgo?

D. FERMIN.

Dice que durmió en su casa
antes de anoche mi yerno,
y que hoy llegará sin falta
á la tardécita.

D. PEDRO.

Sea,
pues que tanto se deseaba,
mil veces enhorabuena.

D. FERMIN.

Mucho, en verdad, me alegrara
si ya estuviese hecho todo;
porque á lo menos me ahorra
de camorras.

D. PEDRO.

¿Qué camorras?
es cosa ya tan tratada,
y que tanto os acomoda,
no se debe hablar palabra,
y dejar obrar al tiempo.

D. FERMIN.

Pues ahí verá Ud. Acaba
ahora mismo el señor mío
de volver á las andadas,
y repetir cuanto dijo
anoche.

D. CARLOS.

Si me dejara
usted hablar....

D. FERMIN.

¡Dios nos libre!

D. CARLOS.

La ventura de mi hermana
la encuentro comprometida:
ella será desgraciada
sin duda. Siempre lo dije,
y lo diré mientras haya
remedio.

D. FERMIN.

¿Pues tú no fuiste,
hijo ó demonio, la causa
de saber yo que existía
tal hombre? ¿No le alababas
á troche y moche? ¿Te acuerdas
cuando fui por tí á Vergara,
qué pesado y qué chinchoso
estuviste con las raras
prendas, y torna las prendas,
y el talento y la motriaca

de tu amigo, hasta obligarme á que le viese y tratara? Y entonces ¿de qué te admiras si me gustó? ¿por qué extrañas, que no siendo un pelagatos además, para Tomasa le haya escogido? Su padre que se casó en Salamanca, siendo joven y estudiando lo que allí enseñan, gastaba coche, y era un caballero á quien yo traté en mi infancia, y con quien siempre seguí correspondencia por cartas.

D. CARLOS.

Lo mismo que dije entonces, repito ahora, y si palabra me da Ud. de no enfadarse, explicaré lo que llama en mí una contradicción.

D. PEDRO.

Oigámosle. *á D. Fermin.*

D. FERMIN

¿Sí? pues charla cuanto quieras, hljo mío; te concedo carta blanca.

D. PEDRO.

D. Severo de Mendoza es un hombre á quien la sabia naturaleza ha tratado

con tal indulgencia y tanta prodigalidad, que apenas se encuentra entre las humanas ciencias, una, no que ignore, sino en que no sobresalga. Su talento, aplicación y lectura; su extremada facilidad para cuanto quiere aprender, y que allana en su favor los escollos, que á tantos detienen, causan verdadera admiración. Yo le conocí en Vergara, en donde de Humanidades la cátedra profesaba, y en donde tuvo principio la amistad que nos enlaza. Su figura es agradable, su corazón noble; se halla en aquella edad preciosa en que ya desarrolladas nuestras facultades pueden realizar sus esperanzas.

D. PEDRO.

¿Qué edad tiene?

D. CARLOS

Treinta y cinco.

D. FERMIN.

Sí, sin lo que anduvo á gatas el año de ochenta y cuatro.

D. CARLOS.

En fin, una sola mancha
desluce cuadro tan bello,
y un defecto es el que se halla
en él.

D. FERMIN.

¿Y cual?

D. CARLOS.

No tener
ninguno.

D. FERMIN.

¡Miren que tacha!

D. CARLOS.

Aun más de lo que os parece,
que la propia desconfianza
es sólo quien nos inclina
á excusar ajenas faltas.
Tiene el hombre mil tiranos,
que le sujetan ó arrastran,
que le empujan ó detienen,
que le humillan ó levantan
el interés, la opinion,
las pasiones exaltadas,
los encontrados deberes,
las distintas circunstancias
en que cada cual se encuentra,
son otras tantas borrascas
donde el piloto más diestro,
si no perece, naufraga.

Y bien, ¿cómo exigiremos
indulgencia y tolerancia
de quien jamás ha sufrido,
de quien ignora las varias
vicisitudes que afligen
nuestra existencia precaria?
Este es el caso, señor,
del novio. Desde su infancia
fué conducido al colegio;
allí dió tanta esperanza,
sus progresos fueron tales,
que sus mismos camaradas,
y los profesores mismos
vencieron su desconfianza,
y le obligaron á que
se opusiese á la expresada
cátedra, en lugar de irse
con su padre á Salamanca,
como quiso: hace, en efecto,
esta oposicion, la gana,
y desde entonces gustoso
se dedica á la enseñanza
de aquellos que poco antes
sus iguales se juzgaban.
Sin embargo, en nada influye
esta rápida mudanza
para sus inclinaciones:
desde su estudio á las aulas,
desde su casa al colegio
su vida entretiene y pasa

sin más trato que sus libros;
ya que esta pasión le aislara
de suerte que desconoce
el suelo que pisa. Su alma
engañada, enardecida
por lecturas exaltadas,
otra existencia se crea
tan ficticia como vana.
Grecia y Roma es su universo:
las virtudes celebradas
de sus hijos, son las solas
que le admiran y le inflaman:
con él no hay medio: á su lado
no se disimula nada;
y merece su desprecio,
si no vive á la Espartana
el que le quiere tratar.

D. FERMIN.

¿Y qué consecuencia sacas
de toda esa relación
de méritos?

D. CARLOS.

Una y clara.

Que quien no conoce el mundo
sino por libros; quien trata
de encontrar en cada hombre
un Catón, mucho se engaña
á sí mismo, y mil pesares
para los demás prepara.
La perfección está lejos

de nosotros por desgracia;
y el que se juzga perfecto,
mal podrá sufrir las trabas
que el lazo social impone,
ni tolerar con cachaza
de una mujer los caprichos,
de un amigo la inconstancia,
de un hijo los devaneos,
ó de un suegro la acendrada
impertinencia.

D. FERMIN.

Pues, mira,
pienso que esos alpargatas
que dices, no dejarían
de tener una manada
de chiquillos, como tiene
cualquiera que ahora se casa;
y no obstante . . .

D. CARLOS.

Es que la historia
nos recuerda la hazañas;
pero no las peloteras,
que dentro de puertas pasan.
Tomasa, señor, es viva,
y en Madrid acostumbrada
al buen trato y diversiones;
no me parece muy ardua
empresa pronosticar
que no será afortunada,
teniendo siempre á su lado

un Censor, que la eche en cara
hasta lo mismo que forma
la existencia de una dama.
Tal es mi opinión. Ud.
hacer podrá de su capa
un sayo, nada me importa,
pues cumpli con la sagrada
obligación que tenía.

D. FERMIN.

Señor D. Pedro de mi alma
¿no es verdad que cuanto dice
este mozo es uua sarta
de desatinos?

D. PEDRO.

No tal.

Las reflexiones que acaba
de manifestar D. Carlos,
antes bien son muy sensatas.

D. FERMIN.

¿Qué dice Ud?

D. PEDRO.

Lo que digo:
que no arriendo la ganancia
á Tomasita, si el novio
es tal cual nos le retrata
su hermano.

D. CARLOS.

Nada pondero.

D. PEDRO.

¿Y á Tomasita le agrada
ese caracter adusto? (á D. Fermin.)

D. FERMIN.

No lo sé; pera apostara
á que sí; pues ella y todas
lo que quieren es casaca.

D. PEDRO.

¿Se conocen?

D. FERMIN.

No se han visto

jamás.

D. PEDRO.

Y la repugnancia
de su hermano ¿no la asusta?

D. FERMIN.

Como está bien educada,
nunca tuvo voluntad
propia.

D. PEDRO.

O á manifestarla
no se atrevió nunca. Amigo,
vamos claros: la muchacha
puede que felice sea;
pero boda cimentada
sobre bases tan endeables,
promete cortas ventajas.

D. FERMIN.

Pero señor, ¿qué remedio

tiene el asunto? Avisada ya la parentela, escrito al tío sumiller, las galas compradas, y en casa . . . vamos, no es posible. Campanada igual ni un negro la diera.

D. PEDRO.

Tampoco se desbarata con esa facilidad un lazo, en que interesadas están dos nobles familias. Así, pues, yo aconsejara se ensayase solamente un medio

D. FERMIN.

¿Alguna demanda ante el Vicario?

D. PEDRO.

No es eso.

D. FERMIN.

Pues lo que es ir á la Sala no me atrevo: lo confieso. Tengo mi casa atrasada de tal modo con la guerra . . luego, ya ve Ud, las cargas que se pagan, el granizo que sufrimos por Marzo . .

D. PEDRO.

Anda!

ya escampa y llueven guijarros. No, D. Fermín, no se zanjan tamañas dificultades con pleitos, y aquel que trata de componer un asunto de familia sin jaranas ni ruidos, nunca conviene que empiece rompiendo lanzas.

D. FERMIN.

Pues eso quiere decir.

D. PEDRO.

Ahora bien, yo me inclinará que inventásemos juntos un buen ardid, que de chanza tuviese el nombre, que fuese una lección que enseñara á ese filósofo grave, que todos á igual distancia están de la perfección, y que

D. FERMIN.

Ya estoy. Ud. trata de que caiga de su burro, ¿no es verdad?

D. PEDRO.

Pues,

D. FERMIN.

Y de que abra los ojos, y reconozca

que él es de la misma pasta
que su padre y que su madre;
¿no es así?

D. PEDRO.
Cabal.

D. FERMIN.
Pues basta,
corrre de mi cuenta.

D. PEDRO.
¿Cómo?

D. FERMIN.
Lo dicho, dicho. Mañana
estará más blando el hombre
que una breva.

D. PEDRO.
Pero.....

D. FERMIN.
Nada:
fiese Ud. en mí, Se hará,
y Ud. me dará las gracias.

D. PEDRO.
Pero, en fin, sepamos cómo.

D. FERMIN.
Mañana al romper el alba
tomo la mula, y me voy
al convento de la Claras.
Conozco allí al Capellán,
que es un piquito de plata

y todo un hombre, que estuvo
consultado por la Cámara
para una ración en Ceuta;
y á saber donde se hallara
en el día, si él no la hubiera
renunciado; pero, vaya,
lo que él dice: vale más
servir con mucha eficacia
media docena de madres,
que agradecen y que pagan,
que no meterse en cabildos.

D. PEDRO.

Al grano por Dios.

D. FERMIN.

Cachaza,
que no seré muy difuso.
Digo, que mi confianza
entera la deposito
en la prudencia, en la labia
de este docto Sacerdote;
que lo traeremos á casa,
y en dos ó tres encerronas
le pondrá como una malva.

D. PEDRO.

¡Ay, D. Fermín! ¡y cuán poco
conoce Ud. nuestra humana
flaqueza! Ud. se figura
que se curan con palabras
los ridiculos, los vicios

que la educación arraiga en nosotros? Ud. piensa que una obra cimentada por el tiempo y la costumbre, se destruye ó desbarata con retóricos discursos? Pues nó, amigo, Ud. me engaña. El hombre es tan material, que para que se persuada de un error, es fuerza que antes se enteren y satisfagan los sentidos; que lo toque, que lo vea, que la acerada espuela del desengaño sienta, y sufra.

D. FERMIN.

Conque ¿nada aprovecha un buen talento?

D. PEDRO.

¿Quién dice que nó? Él acaba la conversión, apreciando las ventajas que se ganan, y los riesgos que se evitan.

D. CARLOS.

Es el cachetero.

D. FERMIN.

Calla.

D, PEDRO.

Ejemplos y no sermones.
es mi receta

D. FERMIN.

Pues caigan más ejemplos sobre el novio, que pelos quiere una calva, y amigos tiene un ministro.

D. PEDRO.

¿Conque Udes. me dan amplias facultades?

D. FERMIN.

Si señor.

D. PEDRO.

Pues, amigos, oíd mi traza. La escalera de la vida está con jabón untada, y el que baja más confiado, si se descuida, resbala, y da con su cuerpo en tierra como los demás: se trata, me parece, de que el novio dé también su costalada, para que luego no riña á los que en el suelo se hallan. Pues bien, pongamos chinitas de trecho en trecho; y si baja él tropezará.

D. FERMIN.

Así sea;
pero temo que la trampa llegue á conocer, la evite,

y después á carcajadas
se burla y mofe de todos.

D. PEDRO.

No tal, que nadie se escapa
sin su chichón en la frente,
al menos.

D. FERMIN.

¿Y si pesada
le pareciese la burla,
y se picase?

D. PEDRO.

Si alcanza
la medicina, no importa
que nuestro enfermo al tragarla
se queje un poco; que luego
sano, nos dará las gracias;
y si no alcanza, tampoco
importa un pito; pues clara
prueba será que su mal
no tiene cura.

D. FERMIN.

Pues nada
nos detenga.

D. PEDRO.

Principiemos
por decirle, que Tomasa
no está en casa; y el papel
de una joven desgraciada
y sensible, podrá entonces

representar la muchacha.
¿Con qué fin?

D. PEDRO.

Yo lo diré

ESCENA IV.

COLASA Y DICHOS.

COLASA.

Señor, señor.

D. FERMIN.

¡Qué embajada
será esta!

COLASA.

¡Toma! Que llegan
ya.

D. FERMIN.

¡Ay Dios!

COLASA.

Ya están en la plaza.

D. FERMIN.

Pronto, pronto, la peluca,
dadme los guantes, la caña
y el sombrero.

D. PEDRO.

¿Para qué?

D. FERMIN.

¿No es fuerza, pues, que yo salga á recibirle?

D. PEDRO.

Antes no.

Si hemos de efectuar la farsa proyectada, deberemos primero sus circunstancias comprender, y repartir los papeles.

D. FERMIN.

¿Dónde?

D. PEDRO.

¡Brava dificultad! En cualquiera parte, aunque sea en la cuadra: el caso es que nos juntemos.

COLASA.

(Intendenta, comisaria,) á *D. Fermín*
¿no oye vd. cómo voceá el mayoral?

D. FERMIN.

La sala á *D. Pedro*
que ocupaba el alojado,
será buena?

D. PEDRO.

Soberana,
vamos á ella.

COLASA.

¿Y yo qué digo
si se me pregunta?

D. FERMIN.

Nada;

que la mujeres no dicen poco, cuando están calladas.

COLASA.

¿Y he de callar siempre?

D. FERMIN.

Siempre.

D. PEDRO.

Vamos.

D. CARLOS.

Presto.

COLASA.

A la ventana
me vuelvo, que quiero ver
si aprisa ó despacio baja,
si entra con el pie derecho,
si estornuda ó si se rasca;
pues son dignas de notarse
las menores circunstancias
en un hombre tan valiente,
como el guapo que se casa.